

## CAPÍTULO DÉCIMO SESTO.

### Resultados adversos del sistema empírico.

En el capítulo anterior he presentado el lado favorable del sistema empírico, y no será en verdad difícil presentar ahora el lado adverso. Para ello me bastaría referirme á todo este libro; porque el libro entero es una refutación de este desastroso sistema. Sin embargo, es conveniente verle bajo un punto de vista, para que se liguén las ideas desparramadas en toda la obra, y que en su conjunto presente una síntesis que aclare los detalles que hayan parecido oscuros á mis lectores.

Los hechos sensibles son todos los materiales con que se ha construido la filosofía empírica. En este punto están conformes todos los filósofos defensores de este sistema. El alma es una tabla rasa dispuesta á recibir estos hechos sensibles por medio de los sentidos corporales. También es esta otra verdad reconocida por esta escuela. Puesto nuestro yo frente á frente del mundo exterior, del mundo material, sin poder recibir otros conocimientos que los que este le envíe, conocimientos que no pueden ser otros que elementos sensibles ó cosas que se ven, que se tocan y que

se palpan, fueron estos filósofos disminuyendo gradualmente el valor del yo, y aumentando en la misma proporción la influencia del mundo exterior sobre el yo, hasta que consiguieron que el yo desapareciera, y no quedara otro principio que el mundo material. Esta revolución la comenzó Locke; pues si bien tuvo precursores, ninguno lo hizo con la energía y fuerza de razonamiento que este filósofo. Pero Locke no hizo más que descartar de la esfera de nuestros conocimientos el mundo invisible, el mundo de Platon, de Leibnitz, de Descartes, y presentar el yo frente á frente del mundo material. Este yo en este filósofo aparece como un principio activo, designado con el nombre de reflexión, el cual obra sobre los datos suministrados por el mundo material por medio de la sensación. El yo con su reflexión ó trabajo intelectual interno, y el mundo material con la emisión de los objetos sensibles ó su sensación, es lo que constituye la filosofía de Locke. Luego que los demás filósofos vieron materializado el objeto de la filosofía, hasta el punto de ver reducida toda la ciencia humana al arreglo y combinación de las sensaciones venidas del mundo material, creyeron que estaba ya descubierto el enigma de la ciencia, y que, encerrándose en este estrecho campo, el hombre adquiriría verdaderos conocimientos, porque serían conocimientos que estarían al alcance de sus sentidos. Locke, si bien había encerrado el campo de la filosofía en el yo y en el mundo material, reconoció siempre la superioridad del yo en el hecho mismo de tenerle por un principio activo, y miró el mundo material puramente como un arsenal, de donde venían al yo todos los materiales para crear sus conocimientos, y elaborados hacerle reobrar sobre el mismo mundo material. Esta fué la conducta de Locke. Pero es cosa singular que cuantos filósofos vinieron después, trabajando sobre las bases sentadas por él, no hubo uno que no cercenara la influencia del yo sobre el mundo material; y por el contrario, no hubo uno que no aumentara la influencia del mundo material á expensas del yo, llegando al

punto de desaparecer éste y encontrarnos de frente con el mundo material solo. En efecto, Condillac suprimió la reflexion, y con ella destruyó el principio activo. Esta mutilacion fué terrible y mas funesta que lo que creyó su autor. Suprimida la reflexion, el yo quedó reducido á ser una pura capacidad para recibir las impresiones venidas del mundo material. Reducida el alma á ser una pura capacidad y no un principio activo, ninguna dificultad encontró Broussais para suponer la inteligencia fruto de la conmocion orgánica, producida por la accion del mundo exterior; ninguna encontró Hartley para suponer al hombre juguete de las mismas impresiones, sin poder reobrar contra ellas; para suponer Hume que toda la ciencia del hombre está reducida al conocimiento de hechos fenomenales y contingentes, sin poder arrihar jamás al conocimiento de los principios; para suponer Helvecio que no hay otras ideas de bien y de mal que las de placer y de pena, como únicas que puede remitir el mundo material; para no reconocer Bentham otra base de legislacion que la sensibilidad; para no admitir Hobbes otro freno que contenga á los hombres en su deber que la fuerza bruta; para ir Desttut de Tracy en busca de los elementos del lenguaje al mundo material. De esta manera el sistema empírico, cimentado en un principio falso, produjo, como consecuencias forzosas é indeclinables y por el rigor de la lógica, el puro empirismo de Locke, el sensualismo de Condillac, el materialismo de Broussais, el fatalismo de Hartley, el excepticismo de Hume, la moral del interés de Helvecio, el utilitarismo de Bentham, el absolutismo de Hobbes y la teoría material del lenguaje de Desttut de Tracy. Esta filosofía, en su último término, conduce en fisica al átomo, en metafisica á la sensacion, en teodicea al ateismo, en ontología á la negacion de sér, en moral al interés bien entendido, en legislacion á la utilidad, en derecho público á la tiranía, y en lenguaje al grito animal. ¿Puede concebirse un cuadro mas triste ni mas desconsolador de un sistema filosófico, y sistema que por espacio de un

siglo ejerció una influencia poderosa en los espíritus? Así con mucha razon decia en el siglo pasado Mr. Addison: «Es imposible leer un pasage de Platon ó de Ciceron sin hacerse uno mas grande y mas digno. Por el contrario, jamás he leído alguno de los autores franceses á la moda ó de sus imitadores ingleses sin hastiarme por algun tiempo y descontentarme de mí mismo y de cuanto me rodea. Se proponen despreciar la naturaleza humana, considerándola bajo sus apariencias las mas malas; suponen á las acciones las intenciones mas viciosas y los motivos mas villanos. En una palabra, querrian admitir como una máxima incontestable que hay mas diferencia entre el hombre y el hombre que entre la especie humana y el bruto.»

Tres graves, gravísimas consecuencias se siguen de estos principios, que forman el lado adverso de este sistema filosófico.

1.<sup>a</sup> La degradacion del hombre en sus facultades psicológicas y apego al mundo material.

2.<sup>a</sup> Consecuencia de la anterior. La proscripcion de todos los conocimientos metafísicos y morales por la supresion de la razon, como facultad de lo absoluto.

3.<sup>a</sup> Consecuencia de las dos anteriores. El combate encarnizado de esta escuela contra todas las creencias positivas, espiritualistas, y por consiguiente contra el cristianismo.

1.<sup>a</sup> *La degradacion del hombre en sus facultades psicológicas y apego al mundo material.* Encerrados los filósofos del siglo XVIII en el mundo material, y reducido nuestro espíritu á ser una pura capacidad por medio de una psicología incompleta, degradan nuestro ser hasta el punto de reducirle á cosa, perdiendo su dignidad de persona; y este es el mayor ultraje que han podido hacer estos filósofos á la especie humana. Todas las cosas en este mundo están dotadas de ciertas capacidades, que realizan su desenvolvimiento conforme á leyes que el Criador les ha impuesto; es decir, llenan su destino fatalmente, como una máquina verifica los movimientos que el artífice quiso imponerla. Pero el hombre,

por un privilegio que Dios le concedió, si bien se reconoce con ciertas facultades amoldadas á su naturaleza, tiene mas que los otros séres; tiene una facultad especialísima, que revela la grandeza de su destino; tiene en sí mismo un principio activo, una fuerza, un poder personal, que pone á su disposicion esas mismas facultades, convertidas en instrumentos que dirige, ya retardándolas, ya precipitándolas, y ya disponiendo de ellas á su voluntad. Así gobernamos nuestra sensibilidad, nuestra inteligencia y damos direccion á los movimientos de nuestro cuerpo; y si llegan momentos en que este poder temporal sucumbe, esta misma excepcion supone la regla general en contrario. Así nos distinguimos de todos los demás seres en este mundo; así somos personas y no cosas; así las lenguas, fieles intérpretes del sentido comun de la humanidad, califican con nombres distintos las capacidades que afectan al hombre de las capacidades que afectan á las cosas, llamando á las primeras *facultades*, y *propiedades* á las segundas; porque estas obran fatalmente, mientras las facultades solo pueden aplicarse á seres libres. Los filósofos del siglo XVIII ofendieron altamente á la especie humana, sometiéndola á las leyes fatales de la naturaleza exterior, como pudieran hacerlo con un mineral, con una planta, con un animal; y en este sentido su doctrina es funesta y execrable; porque lo es toda doctrina que rebaja la condición del hombre hasta convertirle en un poco de materia organizada, sometida á la ley que le imponga la naturaleza exterior.

Este furor de engrandecer la influencia del mundo material por los filósofos del siglo XVIII, y los ventajosos resultados que por todas partes presentaban las ciencias físicas y naturales, imprimieron en los ánimos y crearon en los gobiernos de aquel siglo una pasion decidida á fomentar los intereses materiales. Tendencia que ha recibido el siglo XIX como un legado, y que si bien es útil, es provechosa, es necesaria, como dirigida á penetrar el hombre en los arcanos de la naturaleza exterior, escudri-

ñar sus leyes, descubrir las virtudes que encierran las cosas materiales con aplicacion á los usos de la vida y mejorar su estancia en este mundo; es preciso tener presente que este no es el verdadero fin del hombre, porque el fin del hombre no está encerrado en el mundo material, sino en el mundo intelectual y moral, que es la parte mas noble de su ser; y desde el momento que se sustituya al fin moral, que engrandece al hombre, el fin material de las mejoras, que nunca puede salir del concepto de medio; desde que el hombre viva solo de pan y no de verdad conforme al Texto divino, que fué el objeto á que aspiraron los filósofos del siglo XVIII, la humanidad, sin el ideal de la virtud y sin un término dado á su peregrinacion terrestre, marcha al acaso, hecha presa de una corrupcion irremediable, único fruto que puede dar el mundo material.

2.<sup>a</sup> *La proscripcion de todos los conocimientos metafísicos y morales por la supresion de la razon, como facultad de lo absoluto.* Entregado el hombre á la influencia del mundo exterior, y sin otro medio para adquirir conocimientos que la sensacion, que le pone en contacto con él, estos filósofos, llenos de desden por todos los sistemas idealistas, que calificaban de sueños y quimeras de la imaginacion, proscribieron la razon como facultad que nos da á conocer las ideas incondicionales y absolutas; y por este medio proscribieron las altas verdades metafísicas y morales, y con ellas los grandes problemas sobre Dios, la espiritualidad del alma, el destino del hombre, haciendo vanidad en llamar á su siglo el siglo del positivismo. ¿Puede concebirse que haya existido un sistema filosófico que desterrara de la ciencia la metafísica, la metafísica que es la ciencia de los principios? «Hasta el siglo XVIII, dice Mr. Cousin, la metafísica no habia abandonado ni un solo momento la escena filosófica, ni cesado de ocupar el primer rango. La razon de esta preeminencia era muy clara; puesto que á la metafísica estaba encomendada la tarea de resolver los mas vastos, los mas difíciles y los mas importantes problemas. Solo la metafísica hablaba de

Dios, de sus atributos, del mundo considerado en su conjunto y en sus leyes, del alma humana y su destino. Ella sola mostraba á cada facultad del hombre el objeto de su actividad, á la imaginacion el ideal de lo bello, á la voluntad el ideal del bien, á la inteligencia el ideal de lo verdadero. Desde que el empirismo del último siglo, dominando en Francia y en Inglaterra, ha relegado la metafísica á la region de las quimeras, la ciencia ya no agita estos vastos problemas; y si los provoca es con una timidez y una debilidad que descubren la falta del poderoso impulso del genio metafísico, único que puede manejar y resolver estas formidables cuestiones. Y ¿por qué la ciencia ha repudiado la metafísica? ¿Será porque solo puede producir magníficos romances? ¿Será porque carece de base?»

Si se juzga por las objeciones de sus adversarios y por el entusiasmo irreflexivo de sus adeptos, ó se juzga por las formas extrañas con que la imaginacion se ha complacido en revestirla, seria preciso concluir que la metafísica es una filosofía misteriosa y casi sobrehumana, que descende de otro mundo y que nada tiene de comun con los métodos positivos y naturales de la ciencia. Pero nada mas falso. La metafísica tiene su raiz en la naturaleza del espíritu como todas las demás ciencias. Si las ciencias de hechos descansan en la observacion, y si las ciencias abstractas se fundan en el razonamiento, la metafísica tiene por base las concepciones de la razon, ya puras, ya combinadas con los datos de la experiencia. Digo las concepciones de la razon, porque las distingo, y todo observador de los actos de la inteligencia debe distinguir las de las creaciones fantásticas ó arbitrarias de la imaginacion. Cuando con ocasion de una existencia finita, contingente, relativa, individual que me atestigua la esperiencia, concibo lo infinito, lo necesario, lo absoluto, lo universal; cuando á vista de los fenómenos que observo en el mundo, contemplo las grandes leyes de este mundo, estas leyes, que revelan la armonía de sus movimientos, el orden y la belleza de su plan; cuando encerrán-

dome en los límites de mi propia naturaleza, ligo los fenómenos tan variados y tan móviles que la manifiestan á un principio simple, idéntico, é inmutable en su esencia, entonces yo no imagino, no sueño, no deliro; yo concibo. Mi concepcion es un acto necesario y legítimo de mi espíritu en igual forma que la mas sencilla percepcion. Ningun ser inteligente tiene derecho á negar la autoridad de una facultad cualquiera de la inteligencia; y es doloroso el ver que se desprecie precisamente la mas alta y la mas divina de sus funciones.

3.<sup>a</sup> *El combate encarnizado de esta escuela contra todas las creencias positivas, espiritualistas, y por consiguiente contra el cristianismo.* En el siglo XVII, cuando Descartes inauguró su reforma filosófica, tiró una línea divisoria entre la filosofía y la religion, entre la razon y la revelacion, entre la fé y la evidencia; y para ello dijo que dejaba cerradas en una arca santa las verdades de la fé. Desde entonces la escuela cartesiana reconoció como un principio incontestable que la autoridad y la tradicion son las que deben seguirse en el orden de la fé; pero sola la razon en el orden de la ciencia. El carácter idealista del cartesianismo y el respeto á esta máxima imprimió al siglo XVII el sello del espiritualismo, que con tanta gloria y con toda la fuerza que da el genio sostuvieron los Malebranches, los Fenelones y los Bossuets. Todo cambió de aspecto en el siglo siguiente. Los filósofos del siglo XVIII rompieron el arca santa, y con sus doctrinas impuras materializaron la religion como habian materializado la filosofía. Aunque no debe causar sorpresa esta conducta, por que era muy lógico que combatieran una religion eminentemente espiritualista unos filósofos enemigos de todo espiritualismo, indigna, sin embargo, ver que en su impugnacion aparecen sus plumas envenenadas con todo el furor de la pasion y con todo el gracejo burlesco de la sátira. ¿En qué podia ofenderles la religion de Jesucristo? ¿Querian someterla tambien como las ciencias naturales al principio de la evidencia? Las verdades de la fé no reconocen



otra base que el principio de autoridad. Pero si encerrados en el mezquino terreno á que los condujo su incredulidad, querian pruebas de la divinidad de esta religion en el órden de la naturaleza, como único elemento que reconocian, ¿tenian mas que aplicar las reglas del sentido comun á la aparicion del cristianismo? Un hombre del pueblo que nace en un establo, que aparece como hijo de un pobre carpintero, que vive treinta años en un estado humilde, y que busca por asociados á unos miserables pescadores, y que con estos escasísimos elementos, que apenas se perciben, y sin ninguna de las influencias que se requieren en las empresas humanas, de ejércitos, de riquezas, de poder, y que muere como un villano entre dos ladrones, hecho el objeto del sarcasmo y la befa de un pueblo entero, con una inscripcion burlesca para ridiculizarle; que se le ve reducido á tan mezquinas proporciones, y que, sin embargo, con estos impercetibles medios, que solo pueden excitar el desprecio y la risa en el órden natural de los sucesos, ¿cómo es que este hombre con sola una palabra, pronunciada desde la cruz en la cima del Gólgota, destruye todas las religiones conocidas, abate todos los templos, somete todos los potentados de la tierra, civiliza los bárbaros, une las naciones por el lazo poderoso de la fraternidad, conmueve y subyuga moralmente al imperio romano, trastorna todo lo existente, rasga con una admirable claridad el velo á las grandes cuestiones metafísicas, que los filósofos griegos habian solo vislumbrado con un trabajo intelectual de seis siglos, crea discípulos y adeptos que con la alegría en el semblante marchen á la muerte, pidiendo el perdon de sus mismos verdugos, y en fin, trasforma el mundo material, que habia salido de la mano de Dios, en un mundo moral, sometido á la fórmula sencilla de unidad de Dios y caridad universal, proclamando hermanos á todos los hombres y hijos todos del Padre nuestro, que está en los cielos? Y ¿es posible que un hombre salido del polvo, y unos compañeros tan pobres, que ni las precisas vituallas llevaban en

sus viages para su sustento, causaran una revolucion tan extraordinaria en el mundo sin un poder sobrehumano, sin el auxilio de la divina Providencia? Esta demostracion clara y patente está en el terreno de los hechos, que no pueden negar estos filósofos, y que tiene de comprobante el trascurso de tantos siglos, la historia de todos los pueblos y la conciencia del género humano. ¿Qué hombre en el reinado de Augusto era capaz de concebir por sus propias fuerzas, por mas extraordinario talento que se le suponga, el portentoso proyecto de trastornar todas las creencias recibidas, y en su lugar sustituir una religion santa en sus preceptos, magestuosa en sus dogmas, tipo de todas las bellezas y perfecciones, y magnifica en sus promesas, que presenta al hombre en lontananza como premio de sus sufrimientos, de su abnegacion y de su virtud los gajes de la inmortalidad? Pues este cambio, esta revolucion la hizo un hombre oscuro; pero este hombre era oscuro en el mundo de la materia, pero era grande y tan grande en el mundo moral, que era el Hijo de Dios vivo, encarnado en la humanidad; y solo una investidura semejante podia realizar un pensamiento, que estaba muy por cima de la humanidad misma. Si mi religion fuese falsa, dice La Bruyere, sería el lazo mejor tendido que hubiera podido imaginarse. ¡Qué magestad, qué esplendor en los misterios! ¡Qué trabazon, qué encadenamiento en toda la doctrina! ¡Qué razon eminente! ¡Qué candor! ¡Qué inocencia de costumbres! ¡Qué fuerza invencible y abrumante de testimonios! ¡Dios mismo no podia encontrar unos medios mas positivos para seducirme!

¿Los filósofos del siglo XVIII hallaron en el cristianismo algunas máximas que se opusieran á las reformas que con tanto ardor emprendieron? Precisamente sucede todo lo contrario. El cristianismo consagra todos los grandes principios de la humanidad. ¿Quién desterró del mundo la esclavitud material, aquella que el gran Platon reconoció en su república y que el gran Aristóteles consideraba como una necesidad de nuestra naturaleza, sino el

Evangelio? ¿Quién destruyó la esclavitud moral, sino el Redentor, que se ofreció en holocausto para conseguirlo? ¿Quién predicó la igualdad de los hombres como hermanos entre sí y como hijos, todos de un mismo Dios, sino el Evangelio? ¿Quién desterró la diferencia de castas sino la Iglesia, pudiendo los mas humildes aspirar á los primeros puestos en su gerarquías, sin otros elementos que la virtud y el talento? Todos los esfuerzos hechos por estos filósofos para mejorar las clases pobres, para aliviar al pueblo en sus necesidades, para socorrer á la humanidad desvalida, y todos esos proyectos decorados con los títulos de beneficencia pública y cuanto se ha inventado y discurrido en este rumbo ¿llega ni llegará nunca á la caridad cristiana simbolizada en el ideal del amor de Dios y el amor al prójimo, que tiene su raiz en el mundo del infinito, fuente de todas las aspiraciones grandes que revelan los altos destinos de la humanidad? Justo es que los sabios se consagren á la defensa de todos los derechos sociales, y en este sentido los filósofos del siglo XVIII hicieron un gran bien; pero es cosa incomprensible cómo consagrándose á la defensa de una causa tan noble, tan justa, tan grande, destruyeran este cimiento sólido, que en su apoyo presentaban esos mismos derechos; se hace incomprensible cómo para mejorar la condicion del hombre sobre la tierra, pudiera empezarse por destruir el cristianismo, que es la única áncora de salvacion que tiene el hombre en las condiciones de este mundo.

¿Los filósofos del siglo XVIII creyeron por ventura que el cristianismo se oponia á la creacion de gobiernos libres, en los que se reconocieran tales derechos? No puede concebirse mayor absurdo. El cristianismo no está adherido á ninguna forma de gobierno, ni absoluta, ni republicana, ni mista. Si el Redentor hubiera querido aparecer con esta investidura, no hubiera nacido en un pesebre, ni hubiera vivido oscurecido entre el comun del pueblo; se hubiera presentado con el aparato y la magnificencia de un rey, y hubiera establecido la forma de gobierno que qui-

siera. El Redentor en su sabiduría no hizo esto; pero hizo mas, porque realizó la perfeccion moral del individuo, que es la base y el elemento preciso, indispensable para todas las formas de gobierno; porque el hombre que ame á Dios y al prójimo como á sí mismo, ó lo que es igual, el buen cristiano es buen ciudadano en un gobierno absoluto, en un gobierno republicano, en un gobierno misto. El hombre moral es obra de la redencion operada por Jesucristo; y aunque el hombre social es una consecuencia del hombre moral, Dios, en sus inescrutables juicios, ha dejado entregado á las disputas de los hombres los medios de asegurar sus derechos sociales, adoptando libremente la forma de gobierno que mejor les parezcan. Repito que es un absurdo suponer que la religion del Crucificado está adherida al absolutismo ni á la republica ni á gobierno alguno; porque es adaptable á todos, porque es un elemento necesario en todos, porque á todos los perfecciona, y tan buen cristiano puede uno ser en Constantino-  
pla como en Lóndres, en Madrid como en Washington, si todas estas nacioues fueran cristianas en una misma línea, por mas que sus formas políticas fueran las que son en estos momentos.

FIN.

# ÍNDICE

## DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Págs.</u>
CAPITULO UNICO PRELIMINAR.—Cuadro general de la filosofía moderna, como base del juicio crítico de los sistemas filosóficos, y división de la obra en esta forma :—Sistema empírico.—Sistema idealista.—Sistema psicológico. . . . .	6

## PARTE PRIMERA.

### SISTEMA EMPIRICO.

#### HISTORIA.

CAPITULO I. Desde el renacimiento de las letras hasta la filosofía de Locke.—Nominalismo y realismo.—Nizzolio.—Principio sensualista.—Magnen.—Quevedo.—Gasendo.—Montagne.—Charron.—La Mothe le Bayer.—Sanchez.—Glanvill.—Rogerio Bacon.—Pomponat.—Telesio.—Vanini.—Bacon de Verulamio.—Hobbes.—La Rochefoucauld. . . . .	29
--	----

## ÍNDICE.

CAP. II.....	Desde la filosofía de Locke hasta la filosofía de Condillac.—Locke.—Collins.—Gravesande.—Bolingbroke.—Du Marsais.—Deslandes.—Hartley.—Genovesi.—Hume.—Voltaire. . . . .	49
CAP. III.....	Desde la filosofía de Condillac hasta la revolución de 1789.—Condillac.—Bonnet.—Delisle.—Beccaria.—Morellet.—Mably.—Condorcet.—Priestley.—D' Alembert.—Diderot.—Franklin.—Holbach.—Lametrie.—Argens.—Raynal.—Marechal.. . . .	62
CAP. IV.....	Desde la revolución de 1789 hasta la aparición de Royer Collart en 1811.—Destutt de Tracy.—Cabanis.—Volney.—Garat.—Gall.—Bentham.—Gioja. . . . .	76

## DOCTRINA.

CAP. V.....	La experiencia sensible origen de los conocimientos humanos.—Bacon. . . . .	85
CAP. VI.....	Puro empirismo.—Locke. . . . .	99
CAP. VII.....	Sensualismo.—Condillac. . . . .	145
CAP. VIII....	Materialismo.—Broussais. . . . .	168
CAP. IX.....	Fatalismo.—Hartley. . . . .	208
CAP. X.....	Escepticismo.—Hume. . . . .	234
CAP. XI.....	Principio moral.—Helvecio. . . . .	252
CAP. XII.....	Legislación.—Bentham. . . . .	278
CAP. XIII....	Derecho político.—Hobbes.. . . .	304
CAP. XIV....	Lenguaje.—Destutt de Tracy. . . . .	331
CAP. XV.....	Resultados ventajosos del sistema empírico. . . . .	342
CAP. XVI....	Resultados adversos del sistema empírico. . . . .	355

